

LA GENERACIÓN PERDIDA.

ESPIRITUALIDAD PARA TIEMPOS INCIERTOS

XAVI CASANOVAS COMBALIA*

NANI VALL-LLOSERA MOLL DE ALBA**

Fecha de recepción: marzo de 2013

Fecha de aceptación y versión final: abril de 2013

RESUMEN

De manera descriptiva y testimonial, este artículo dibuja el escenario de precariedad de los jóvenes de hoy y expone cómo todos vivimos y sufrimos esta realidad. Trataremos de deducir de ello un aprendizaje tanto personal como social, viendo cómo durante años, condicionados por un ordenamiento social concreto, unas lógicas económicas cortoplacistas y una priorización de ciertos valores, hemos errado en el enfoque de nuestra mirada sobre el mundo. Y apuntaremos algunos horizontes, recuperando viejos esquemas que, combinados con nuevas apuestas que ya se están tejiendo en nuestro entorno, podrían permitirnos salir más humanizados del atolladero en que nos encontramos.

PALABRAS CLAVE: jóvenes, precariedad, testimonios, esperanza, fraternidad.

* Licenciado en matemáticas, máster en administración de empresas y músico. Trabaja en el *Centre d'estudis Cristianisme i Justícia*. Miembro de la comunidad *Espai Ignasià* (Casal Llorella - Barcelona). <xcasanovas@fespinal.com>.

** Médico de familia en el CAP Bon Pastor (Barcelona). Máster de Medicina Tropical y Salud Internacional (UB). Acompañante de grupos en *Universitat Llorella* (pastoral universitaria). Miembro del consejo directivo del *Centre d'estudis Cristianisme i Justícia*. <nanipalermo@hotmail.com>.

THE LOST GENERATION. SPIRITUALITY IN UNCERTAIN TIMES

SUMMARY

This article provides a descriptive and testimonial picture of the precarious situation of today's youth and exposes how everyone lives through and copes with this reality. We will attempt to learn both personal and social lessons by looking at how, over the years, we have got our approach to the world wrong, conditioned by a specific social structure, the shortsighted economic rationale behind it all and prioritization of certain values. And we will set some horizons, by recovering old patterns that, combined with new approaches that are already taking shape around us, could help us to come out of the predicament in which we find ourselves today having regained some of our humanity.

KEY WORDS: youth, precariousness, testimony, hope, fraternity.

«Hay algo que está mal en un mundo donde se os promete ser inmortales pero no se puede gastar un poco más en sanidad pública. Quizá debamos dejar claras nuestras prioridades aquí»¹.

SLAVOJ ZIZEK

Somos la llamada «generación perdida», la formada por jóvenes entre 20 y 30 años que ha crecido en la época de mayor bonanza económica de este país; la generación mejor formada de la historia. Somos fruto de una cultura en la que los individuos se realizan en el acto de consumir, y las relaciones más fuertes no son las basadas en la fraternidad, sino las que responden a un contrato (de trabajo, de alquiler, etc.). Nacimos en una sociedad que, de forma irresponsable, renunció a controlar nada y permitió que el sistema (instituciones, administraciones, mercado) campara a sus anchas. Éramos una generación convencida de que todo lo que soñaba o deseaba podía llegar a ser alcanzado algún día.

-
1. A.J. ANTÓN FERNÁNDEZ, *Slavoj Zizek, una introducción*, Sequitur, Madrid 2013, 52. Discurso de Slavoj Zizek a los jóvenes acampados del movimiento «Occupy Wall Street» en octubre de 2011.

La crisis, que empezó en el año 2008 como una crisis financiera, desembocó en una crisis económica y social de un calibre y duración todavía impredecibles y que, a su vez, ha puesto de manifiesto la mayor crisis política de la historia reciente. Tanto sufrimiento y frustración tal vez están sirviendo para quitarnos la venda de los ojos. Vamos siendo conscientes de que la consecución de nuestros proyectos personales pasa necesariamente por nuestra participación en transformaciones estructurales profundas que permitan un progreso para el bien común y un desarrollo sostenible.

De manera descriptiva y testimonial, en las páginas siguientes intentaremos dibujar la realidad de precariedad de los jóvenes y exponer cómo vivimos y sufrimos esta realidad. Trataremos de deducir un aprendizaje tanto personal como social y apuntaremos algunos horizontes, recuperando viejos esquemas que, combinados con nuevas apuestas que ya se están tejiendo en nuestro entorno, podrían permitirnos salir *más humanizados* del atolladero en que nos encontramos.

1. Un relato de la precariedad juvenil

En pocos años han ido apareciendo nuevas palabras para describir a los jóvenes. Aunque cada una de estas etiquetas, que explican cómo y qué viven distintos grupos de jóvenes, tiene un claro sesgo sociológico, juntas conforman el imaginario colectivo, esto es, cómo nos ve la sociedad. Haremos un breve recorrido por cada una de ellas desde 2005 hasta hoy.

De los mileuristas...

En el año 2005 se acuñó el neologismo «mileurista», con el que se designaba a aquellas personas, mayoritariamente jóvenes, que no ganaban más de 1.000 euros al mes, a pesar de tener una formación superior que a veces incluía idiomas, posgrados y masters. En aquel momento era el colmo de la precariedad, que, además de lo estrictamente económico, afectaba también a lo contractual: trabajos temporales, becas...

La escritora española Espido Freire, sintiéndose parte de esta generación, escribió un ensayo en el que hacía un retrato robot: jóvenes con una ex-

celente formación que, con pasividad y a remolque del sistema, esperan tomar el relevo de una generación mayor que aún está activa y que no suelta lastre: «El mileurista, desencantado, cínico, conoce su derecho a protestar y lo ejerce. Sin embargo, en pocos casos da el paso siguiente: no denuncia, no exige, no pacta»².

El informe «Eurydice» de la Unión Europea, en el mismo año 2005, informaba de que solo el 40% de los universitarios españoles tenía un trabajo acorde con su nivel de estudios³.

Los últimos datos de la Encuesta de Población Activa de noviembre de 2012 nos decían que el 30% de los asalariados en España es mileurista. Si nos fijamos en los jóvenes de 16 a 24 años, el porcentaje sube al 60%, por la concentración de trabajos a tiempo parcial y contratos temporales en estas edades⁴.

...pasando por los Ni-ni...

Paralelamente, y refiriéndose a un grupo social bien diferente, fue cristalizando el término *Ni-ni* para referirse a los jóvenes que *ni* estudian *ni* trabajan.

Son chicos y chicas que, al amparo de sus padres y arropados por un Estado del Bienestar mejorable pero suficiente, creyeron tener garantizadas, sin esfuerzo por su parte, las necesidades básicas. La rigidez del sistema educativo y la dificultad de entrada en el mercado laboral contribuyeron a que abandonaran todo intento de mejora, a medio o a largo plazo, de su estatus social⁵.

-
2. E. FREIRE, *La generación de las mil emociones: mileuristas II*, Ariel, Barcelona 2008, 133.
 3. A. MISSÉ, «Solo el 40% de los universitarios tiene un trabajo acorde a su nivel de estudios» en *El País*, 19 de septiembre de 2005, en línea, http://elpais.com/diario/2005/09/19/sociedad/1127080802_850215.html (Consulta el 24 de marzo de 2013).
 4. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (INE), *Decil de salarios del empleo principal. Encuesta de la población activa (EPA). Año 2011*, 12 de noviembre de 2012, en línea, <http://www.ine.es/prensa/np748.pdf> (Consulta el 24 de marzo de 2013).
 5. INJUVE, *Desmontando a ni-ni. Un estereotipo juvenil en tiempos de crisis*, Madrid

En junio de 2012, el Eurostat publicaba⁶ que España es uno de los países de Europa con más jóvenes de 18 a 24 años que ni estudian ni trabajan: un 23%. Antes de la crisis, esta cifra se situaba «solo» en un 14%. Conviene recordar que la tasa de paro juvenil en España se situaba en noviembre de 2012 en el 57,6%, la más alta de la Unión Europea, junto a Grecia.

... a la generación perdida

En 2011, justo antes de que surgiera el 15-M, promovido entre otras por organizaciones como «Juventud Sin Futuro», se empezó a hablar de la generación de jóvenes de hasta 29 años incapaces de encontrar su primer empleo como la «generación perdida». El sector privado había dejado de hacer contrataciones nuevas, y el sector público había recortado drásticamente las interinidades, de manera que una gran bolsa de jóvenes vio imposible acceder al mercado laboral.

Una parte de estos jóvenes responden a un perfil de baja formación, que no encuentran empleo al desaparecer sectores de la economía productiva que demandan perfiles laborales de baja cualificación: construcción, industria... En el otro extremo, jóvenes sobrecualificados que acaban empleándose en actividades que requieren una formación inferior a su nivel de estudios, llegando a darse el caso de jóvenes que se ven obligados a falsificar su curriculum *a la baja* para poder acceder a un trabajo remunerado.

No queremos ser generación perdida

Estamos, pues, ante un grupo generacional que en menos de 10 años ha recibido tres calificaciones distintas, todas ellas con connotaciones negativas.

¿Qué mensaje se está dando a los y las jóvenes que ven que no hay voluntad política de cambio de esta situación? ¿Qué se les transmite cuan-

2011, en línea, <http://www.injuve.es/sites/default/files/9206-01.pdf> (Consulta el 24 de marzo de 2013).

6. J.A. AUNIÓN, «Aumentan los “ninis” a pesar de la vuelta al aula de miles de jóvenes», en *El País*, 11 de junio de 2011, en línea, http://sociedad.elpais.com/sociedad/2012/06/11/actualidad/1339441913_022208.html (Consulta el 24 de marzo de 2013).

do no hay ningún indicio significativo de políticas de ocupación que les permitan salir de este pozo de frustración y desesperanza en el que están metidos? Solo pueden deducir que no se les apoya, que la sociedad no espera nada de ellos y que el futuro no está en sus manos.

No queremos ser una generación perdida es el título de la declaración de fin del año 2012 de Cristianisme i Justícia en que, dando voz a un grupo de jóvenes, manifestábamos lo siguiente:

«Aunque parece que el pesimismo se ha apoderado de nuestro horizonte, NO QUEREMOS SER UNA GENERACIÓN PERDIDA. A pesar de vivir en un contexto en el que se hace difícil lograr paz interior y lucidez, sentimos la necesidad de encontrar vías de implicación en la recuperación de ciertos valores y de una visión humanizadora del mundo. Es más, constatamos que ya se están dando en nuestro entorno iniciativas locales, sencillas, de carácter colectivo y transformador, que son anticipaciones de un futuro que está por venir»⁷.

A continuación señalaremos en qué espacios creemos que nos hemos deshumanizado y qué enfoques nuevos necesitamos para recuperar ciertos valores.

2. Sujetos en esta crisis

Toda generalización es imprecisa: no todos los jóvenes están sufriendo las consecuencias de la crisis de la misma manera. Pero es cierto que se trata de un colectivo especialmente vulnerable.

Los jóvenes no son *objeto pasivo* de esta crisis, sino, sobre todo, *sujeto* protagonista y sufriente de esta realidad que condiciona su horizonte vital. Para «revestirnos de verdadera compasión» (Col 3,12) y retejer los lazos de fraternidad que la reconstrucción de esta sociedad rota requiere, es necesario interiorizar que detrás de cada estadística, de cada número, hay personas concretas, con sus sueños, sus deseos, sus creencias...

7. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, *No queremos ser una generación perdida*, Colección Papeles 216 (2012), 4.

Para acercarnos a las realidades personales hemos querido averiguar en nuestro entorno cómo viven jóvenes concretos esta situación, qué dudas e interrogantes aparecen en este momento. Como punto de partida utilizaremos frases reales suyas.

Cuando parece que el estudio y el esfuerzo han sido en vano...

«Se nos había prometido que si estudiábamos, si nos esforzábamos, tendríamos un trabajo acorde con el esfuerzo realizado, nos veríamos recompensados».

La contradicción de esta máxima genera frustración y pérdida de confianza en uno mismo. Para una generación muy activa en todos los campos, la imposibilidad de llevar a cabo actividades *productivas* una vez acabados los estudios es muy difícil de aceptar.

La lógica temporal habitual de estudio-trabajo se rompe, y se despiertan nuevos cuestionamientos.

En su vertiente positiva, la rotura de esta lógica lanza a la persona a la intemperie y la obliga a cuestionarse y replantearse las opciones tomadas en su camino hasta el momento. En este replanteamiento pueden aparecer respuestas de más calado con opciones vitales comprometidas que lleven a la persona a una plenitud mayor. Ello si las circunstancias y la idiosincrasia del individuo le permiten atravesar el desierto que este proceso conlleva.

Es probable que en el futuro próximo veamos que, siempre que las necesidades primarias estén cubiertas, cada vez más personas trasladarán sus energías de tareas *productivas* a tareas *reproductivas*: de cuidado de la persona, del espíritu, de su entorno, etc.

Cuando se plantea la necesidad de devaluar tu currículo, de negar lo que eres...

«Es muy duro dar pasos atrás a nivel profesional y personal. Uno se ve tentado a “abandonar sus dones”, lo que se traduciría en “rebajar su currículum”. Por primera vez tienes el temor de no poder llegar a hacer lo que habías soñado».

Devaluar el currículum para poder encontrar trabajo genera sentimientos muy negativos: abandono, soledad, baja autoestima, desesperanza. Se nos ha dicho y enseñado que debemos cultivar y hacer crecer nuestros dones, pero sentimos, con frustración, que no se nos permite dar lo mejor de nosotros mismos.

Cuando no queda más remedio que emigrar...

«Aunque mi decisión ha sido personal, voluntaria y consecuente, me siento como mucha gente que ha tenido que emigrar, en el sentido de no saber cuándo podré volver a casa, porque ahora allí no hay oportunidades, y el futuro es incierto».

Se debería poder escoger dónde realizar el proyecto de vida. Emigrar era antes una opción para los más aventureros; ahora se vive muchas veces un exilio forzado⁸.

Hemos visto a miles de jóvenes que llegaban en patera a nuestras costas buscando una vida más digna. Ahora vemos cómo se marchan miles de jóvenes de nuestro país, muchos de ellos preparados y con estudios, movidos por las mismas ganas de un futuro mejor, y cómo experimentan el mismo sufrimiento por la vida que se deja atrás y por la distancia de los seres queridos.

¿De dónde sacar las fuerzas?

«Cuando uno quiere trabajar, está preparado y dispuesto, pero no encuentra una sola oportunidad... ¿de dónde saca las fuerzas para seguir adelante?».

En una situación así se hace difícil mantener la serenidad y la distancia emocional que permite tomar decisiones razonadas, sobre todo cuando estas son dolorosas o contrarias a los verdaderos deseos. Ante las dificultades del momento, ¿en qué o en quién apoyarnos?

8. Como decía la reciente campaña de Juventud sin futuro: «*No nos vamos, nos echan*». <http://www.nonosvamosnosechan.net>.

Aunque esta pueda ser una oportunidad para reforzar la autonomía personal, no es posible trazar el propio camino a solas, sin ningún tipo de certeza ni pautas de actuación. Se hace evidente la necesidad de un entorno cercano sólido que conforme una red de seguridad en la que descansar y desahogarse. La solidaridad y el cuidado mutuo son indispensables para atravesar estos tiempos de incertidumbre.

También la fe de los creyentes zozobra. Puede parecer que, ante este sufrimiento en forma de desasosiego y angustia, derivado de la incertidumbre o de la preocupación material, Dios puede hacer poco por nosotros y, por tanto, no merece la pena tenerlo en consideración. Solo se hace presente cuando la persona busca consuelo al tocar fondo o cuando brota el agradecimiento al resolverse la situación. La travesía del desierto, sin embargo, se percibe solitaria.

3. Errores de enfoque

El sufrimiento que describíamos en el apartado anterior se da como consecuencia de una estructura y una ordenación social concretas, fruto de la implantación de unas leyes y políticas determinadas y del fomento de unos valores y prioridades y no otros⁹. Al sufrimiento derivado de las carencias se añade un dolor derivado de «errores de enfoque» causados por las gafas que condicionan nuestra mirada sobre el mundo. Si volvemos a situar al ser humano en el foco de la Historia, conseguiremos transformar nuestro entorno y, en último término, nuestra sociedad. Esto pasa necesariamente por reordenar nuestros valores y empujar para redefinir las prioridades de la sociedad.

9. Dos consideraciones: a) lo que planteamos a continuación se refiere al joven que tiene las necesidades primarias cubiertas; b) criticando la situación actual no se pretende reclamar la recuperación de la situación previa a la crisis; creemos que eso es indeseable e inviable, por razones que escapan al objetivo de este escrito.

3.1. No solo el trabajo dignifica

En el pasado reciente hemos puesto la esperanza de nuestra realización personal en el trabajo. El aforismo marxista que afirma que *el trabajo dignifica al hombre* ha calado en nosotros. Ciertamente, el trabajo puede dignificar al hombre, pero ¿se basa la dignidad humana en el trabajo?

La Declaración Universal de los Derechos Humanos reconoce que la dignidad es inherente al ser humano y que toda persona, por el hecho de serlo, merece respeto y reconocimiento. Hay muchos espacios en los que el ejercicio de la libertad y la capacidad creativa para mejorar la propia vida y la de la comunidad dignifican al individuo. El trabajo es solo uno de ellos.

En respuesta a la crisis y a los dramas humanos que se están produciendo, han surgido nuevas maneras de organizarse colectivamente para resolver problemas concretos y luchar por la transformación de estructuras y valores injustos. La Plataforma de Afectados por la Hipoteca es el paradigma de una nueva lógica de crecimiento social.

Se hace necesario reconocer y valorar como socialmente productivos estos otros espacios de realización, estas nuevas formas de usar el tiempo y la fuerza de producción. A la vez, hay que generar nuevos modelos de trabajo, asumiendo que probablemente el pleno empleo a tiempo completo ya no será posible en una sociedad altamente tecnificada como la nuestra. Pero para que esto sea posible hay que romper el axioma «desempleo, igual a fracaso personal y vital». El chantaje de la supervivencia, la exigencia de cubrir las necesidades básicas, dificulta enormemente el conseguirlo.

3.2. Del interés general al bien común

Uno de nuestros errores es concebir la vida como una carrera para la autorrealización personal, y el interés general como la suma de intereses particulares. Esto conlleva una alta dosis de individualismo. Conciliar los intereses de todos requiere renunciar a una parte de los intereses propios, porque con frecuencia los objetivos de unos y de otros son contrapuestos. La perversión de este concepto ha venido muchas veces de los res-

pensables políticos. Por poner un ejemplo, ¿es cierto que rescatando a los bancos hemos actuado según el interés general? Cuando el presidente del gobierno español, Mariano Rajoy, afirmaba en agosto de 2012: «Haré lo que crea que conviene al interés general de los españoles» aplicando medidas «muy difíciles y no agradables» y que «no gustan a la inmensa mayoría de los españoles»¹⁰, ¿no estaba defendiendo el interés de unos pocos, por aquello de que el poder tiende a protegerse a sí mismo (H. Arendt), con graves consecuencias para una mayoría que está padeciendo la pérdida de grandes conquistas sociales?

Tal vez sería acertado ir sustituyendo la idea de *interés general* por la de *bien común*, que, en definición de Juan XXIII, es «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las sociedades y a cada uno de sus miembros el logro más completo y más fácil de la propia plenitud».

En este sentido, la doctrina social de la Iglesia y sus encíclicas tienen mucho que aportar para recuperar un sentido humanizado de la plenitud personal y social. «Todo grupo social debe tener en cuenta las necesidades y las legítimas aspiraciones de los demás grupos» (*Gaudium et spes*). «No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera la propia necesidad cuando a otros les falta lo necesario» (*Populorum progressio*).

Es tarea de todos y todas trabajar para un nuevo ordenamiento social que tenga como prioridad máxima el cuidado y el bienestar de los grupos y las personas. Podría ayudar la aplicación de propuestas novedosas que ya son realidad a pequeña escala, como la economía del bien común, la economía de comunión o los presupuestos participativos, entre otras.

3.3. De la seguridad a la precariedad como constante en la vida

La crisis ha hecho de la precariedad y la incertidumbre las constantes vitales de mucha gente. La inseguridad, en tantos aspectos de la vida, destruye a la persona y le dificulta la estabilidad emocional y el desa-

10. B. AMIGOT – M. CASTILLO, «Rajoy sobre el rescate: “Haré lo que crea que conviene al interés general de los españoles”», en *Expansión*, 3 de agosto de 2012, en línea, <http://www.expansion.com/2012/08/03/economia/1343973815.html> (Consulta el 24 de marzo de 2013).

rollo personal. El deterioro de los lazos familiares, el descuido de las amistades como consecuencia de un creciente individualismo y de la desvalorización de las relaciones personales, la pérdida de vida comunitaria en los barrios, la precariedad laboral que lleva a entornos laborales tensos... son ingredientes que contribuyen a esta fragmentación.

A este caldo de cultivo, se añade además la estigmatización que el discurso dominante ha hecho de quien sufre en sus carnes la precariedad. La culpabilización que conlleva el relato liberal de la meritocracia, que tanto ha calado socialmente, impide que quien no consigue salir adelante perciba la injusticia estructural que se esconde detrás de su situación y, todavía más, que pueda luchar contra ella.

Reconociendo que la precariedad se ha instalado en mayor o menor medida en nuestras vidas, como resultado de un sistema que la propicia y se beneficia de ella, es imprescindible recuperar la centralidad de las relaciones personales, la confianza mutua y la gratuidad que manan de la fraternidad y el reconocimiento de la igualdad original de los seres humanos.

4. Tres recomendaciones desde un enfoque creyente

4.1. Principio-esperanza

Entregarse a la defensa de los valores e ideales en los que uno cree, sin depender de los resultados, y sentir que merece la pena es el punto de partida para sobreponerse a la desorientación y la frustración que produce el presente. Así se impide que el desempleo, el abuso laboral y la concepción cortoplacista de la vida tengan la última palabra. Se trata de trabajar internamente para intentar conseguir cierta indiferencia emocional ante la culpabilización y el imperativo del éxito que impone la sociedad, para ir recuperando la centralidad del principio-esperanza en nuestra vida.

En palabras de J.I González-Faus, «la dinámica humana del principio-esperanza se basa en el hecho de que el hombre sea un ser buscador, esencialmente buscador. Las manifestaciones concretas de este principio-esperanza variarán según épocas y culturas. Unas veces buscará el hombre

el amor y la plenitud de la comunicación, otras buscará la revolución y la construcción de un mundo digno de los hombres, otras buscará la paz, o el perdón o el porqué de las cosas, o el sentirse realizado como hombre, o buscará sin saber lo que busca... Pero el hecho es que es un ser buscador, y casi diríamos que, cuanto más buscador, menos embotado humanamente nos parece»¹¹.

Aunque las utopías no están de moda, el cristianismo se manifiesta esencialmente utópico. Las personas anhelan una vida mejor y sueñan con completarse. Los intentos de proyectar el principio-esperanza en nuevos órdenes sociales han fracasado hasta el momento. A pesar de ello, «el cristiano no solamente cree que en algún lugar tiene que darse el sentido de ese principio-esperanza, sino que además cree que ese lugar es el acontecimiento de Jesús de Nazaret»¹².

Existe la tentación de traducir el principio-esperanza en un ingenuo «todo es posible». Lo que se acerca más a la propuesta cristiana no es creer que «todo es posible», sino que «lo imposible pasa».

Nos corresponde, pues, apostar por ser «hackers de lo imposible»¹³. Para ello hay que estar atentos, con los ojos bien abiertos para descubrir en el día a día, en las iniciativas que surgen alrededor, dónde se manifiesta la dinámica del principio-esperanza, dónde se puede dar «lo imposible» y cómo puedo yo contribuir a conseguirlo.

4.2. Recuperación de la fraternidad y del valor de lo comunitario

Ante la realidad descrita tenemos dos alternativas: ver al prójimo como un competidor (que puede quitarnos el trabajo o las ayudas) y comportarse según la máxima del «sálvese quien pueda», haciendo oídos sordos y cerrando los ojos a las consecuencias que esto tiene en los demás y en

11. J.I. GONZÁLEZ FAUS, *Acceso a Jesús*, Sígueme, Salamanca 1980⁴, 135.

12. *Ibid.*, 137.

13. Concepto utilizado por D. Fernández, diputado de las CUP en el *Parlament de Catalunya*, en el debate de investidura, para referirse a su voluntad de romper el status quo apoyando iniciativas aparentemente poco eficaces y a priori destinadas al fracaso.

uno mismo, o bien ver al otro como un hermano, como alguien que, al igual que yo, tiene necesidades y dificultades en el día a día y se siente igualmente arrojado al vacío. En la debilidad, en el expresar y compartir las dificultades, puede darse el encuentro con el otro que alivie el sufrimiento de ambos. Únicamente desde la segunda concepción podremos empezar a construir lazos de fraternidad que permitan abrir nuevos horizontes.

Es prioritario generar espacios de cuidado mutuo, donde la persona se pueda construir, completar y reforzar en relación con otros. Ese ha sido uno de los frutos del 15-M: el acercamiento entre las personas. Así, se han reactivado las asociaciones de barrio, y la gente ha salido de su parcela para encontrarse en las calles y en las plazas, dando vida al espacio común.

Solo desde estas dinámicas comunitarias, todavía incipientes, será posible construir desde abajo una nueva sociedad. Conseguirlo es tarea de todos y exige la opción individual por determinadas formas de relación y actitudes: confiar, pedir ayuda y darla, pedir prestado y prestar, compartir, dar, reutilizar, reducir la producción y el consumo, reciclar, poner nuestros talentos (inteligencia, ideas, creatividad) y dinero al servicio de los demás, en favor de iniciativas con valor social. Aceptemos nuestra pequeñez y hagamos reales microestructuras que estén a nuestro alcance; o, mejor dicho, hagamos experiencia, creemos red y profundidad y no estructuras que puedan ahogar la posibilidad de experimentar, de acertar y de equivocarnos.

En el contexto de precariedad y cambio constante que describíamos anteriormente, es necesario encontrar asideros a los que aferrarse en el camino, certezas sobre las que construir la vida. Los creyentes tenemos en este sentido alguna ventaja y, por ello, probablemente una mayor responsabilidad. Si los cristianos vivimos de acuerdo con el principio-esperanza en el que creemos y si ponemos en el centro de la vida comunitaria la acogida, el servicio y el cuidado del prójimo, como enseñó Jesús, tal vez podamos ayudar a otros a transitar las incertidumbres del presente y del futuro.

4.3. *Conspiración*

La conspiración es una herramienta para luchar contra el desánimo y la apatía, a la vez que se trabaja junto a otros por transformar la realidad.

La realidad nos supera. La búsqueda infructuosa de trabajo, los sueños frustrados y la incertidumbre pueden minar el ánimo de cualquiera. No es fácil dar una nueva oportunidad a cada día que comienza, cuando lo sucedido el día anterior, y el anterior, invita a abandonar, a abandonarse. En esta situación oscura y claustrofóbica, la conspiración brinda un horizonte con el que soñar. Haciendo nuestro el comentario que se atribuía hace poco en las redes sociales a R. Sennett, «puede ser irracional, pero la conspiración es una manera entre otras de dar sentido a la impotencia cotidiana».

Evidentemente, no se debe entender la conspiración como una fuente de rabia o una invitación a la venganza contra un mundo injusto. Se trata de entender la conspiración como un catalizador que permite recuperar la esperanza en uno mismo y en el mundo.

La idea es conspirar para conseguir agrietar el muro¹⁴ de un sistema económico y social injusto que deja a mucha gente al margen. Construir espacios donde la gente se encuentra, intuye algo que puede dar respuesta a inquietudes y necesidades del entorno cercano, y entonces crea.

De alguna manera, la conspiración tiene que ver con la co-inspiratio ignatiana, con el discernimiento comunitario de los primeros padres jesuitas para ver a qué los animaba el espíritu: «Por la noche, lo que cada uno había juzgado más recto y más conveniente, lo proponía en común, para que la sentencia verdadera, y examinada y aprobada por los votos de la mayoría y por las razones más eficaces, la abrazáramos todos a una»¹⁵.

14. Ver la iniciativa «Grietas en el muro» en el Blog de Cristianisme i Justícia.

15. «Deliberación de los primeros padres», en *Monumenta Ignatiana*, Series Tertia, I, 1-7 15, abril 1539.

5. Vino nuevo en odres nuevos

Terminamos con una buena recomendación del evangelio: «Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos, porque los odres revientan, y tanto el vino como los odres se pierden. Por eso hay que echar el vino nuevo en odres nuevos, para que se conserven ambas cosas» (Mt 9,17).

Deberíamos tomar nota. Jesús nos invita a encontrar nuevos odres: nuevos marcos sociales, políticos, de valores y de construcción de relaciones donde poner el vino nuevo de nuestro tiempo. Constatamos a diario que las viejas estructuras (la democracia entendida como hasta ahora, el sistema capitalista, la Iglesia) se están resquebrajando y muestran claros síntomas de podredumbre (corrupción, clientelismo, rendición del poder político a las élites económicas).

Habrà que construir una nueva sociedad que permita el desarrollo de las potencialidades de todos y la creación de oportunidades para que los jóvenes puedan tomar el relevo de las generaciones anteriores con responsabilidad. Los jóvenes tendremos que redefinir nuestras expectativas, aprender a sentirnos realizados también en la monotonía de una vida sencilla, precaria y con pocas seguridades, desplazando el centro de la autorrealización del propio ombligo a un punto próximo al otro. Nos servirá recuperar elementos básicos en toda espiritualidad, y especialmente en la ignaciana, como la abnegación o el ascetismo. De otra forma no seremos capaces de soportar el peso de los sueños incumplidos y de las utopías irrealizadas porque no son «de este mundo».

Asumamos definitivamente nuestra finitud, aceptemos que, en los parámetros que este mundo y esta sociedad nos ofrece, somos mortales. Y, sobre todo, hagámonos capaces de la experiencia de Dios, que, como nos recuerda J.I. González Faus, es «experiencia del cansancio de lo nuevo de cada nunca frente a lo viejo de cada día y de cada instante»¹⁶.

16. J.I. GONZÁLEZ FAUS, *op. cit.*, 172.